

# LUIS VALLE GOICOCHEA Y ESTHER M. ALLISON: UNA AMISTAD DE POLENDAS

*Chrystian Zegarra\**

Colgate University  
czegarra@colgate.edu

**Fecha de recepción:** agosto de 2022

**Fecha de aceptación:** diciembre de 2022

**Resumen:** La amistad entre los escritores Luis Valle Goicochea (La Soledad, 1908 - Lima, 1953) y Esther M. Allison (Huacho, 1918 - Lima, 1992) goza de un lugar privilegiado en la historia de la literatura peruana. De la misma manera, sus afinidades literarias son notables y merecen destacarse. Partiendo de la premisa de que tanto Allison como Valle Goicochea fueron autores que practicaron una fervorosa religiosidad, en este ensayo repasaré algunos

\* **Chrystian Zegarra** se doctoró en Literatura Hispánica en la University of California-Los Angeles. Enseña en Colgate University (Nueva York). Publicó el libro *El celuloide mecanografiado: la poesía cinematográfica de E. A. Westphalen*. Algunos de sus artículos han aparecido en *Bulletin of Hispanic Studies*, *Hispanérica*, *Inti*, *Hispanic Poetry Review*, *Mester*, *Hispanic Journal*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Ha publicado ensayos en volúmenes editados en Europa, Latinoamérica y Estados Unidos. Coeditó dos libros sobre la obra poética, narrativa y periodística del escritor Luis Valle Goicochea y el volumen colectivo *Partera de la historia: violencia en literatura, performance y medios audiovisuales en Latinoamérica*. Contribuye con anotaciones bibliográficas sobre poesía peruana al *Handbook of Latin American Studies*.



de sus poemas para puntualizar aspectos relevantes de estas notables obras literarias poco estudiadas por los críticos. Allison emplea recursos intertextuales para crear un universo personal de resonancia trascendente; por su parte, Valle Goicochea, desde una perspectiva infantil, apela a su experiencia vital en la zona andina del departamento de La Libertad, así como en el campo del distrito de Moche para recrear escenarios que comunican diversos afectos y conflictos humanos.

**Palabras clave:** Luis Valle Goicochea, Esther M. Allison, amistad, religiosidad, intertextualidad.

### **LUIS VALLE GOICOCHEA AND ESTHER M. ALLISON: A FRIENDSHIP OF LEGENDS**

**Abstract:** The friendship between writers Luis Valle Goicochea (La Soledad, 1908 - Lima, 1953) and Esther M. Allison (Huacho, 1918 - Lima, 1992) enjoys a privileged place in the history of Peruvian literature. Likewise, their literary affinities are remarkable and deserve to be emphasized. Starting from the premise that both Allison and Valle Goicochea were authors who practiced a fervent religiosity, in this essay I will review some of their poems to point out relevant aspects of these remarkable literary works little studied by critics. Allison uses intertextual resources to create a personal universe of transcendent resonance; on the other hand, Valle Goicochea, from a child's perspective, appeals to his vital experience in the Andean zone of the department of La Libertad, as well as in the countryside of the Moche district to recreate scenarios that communicate diverse emotions and human conflicts.

**Keywords:** Luis Valle Goicochea, Esther M. Allison, Friendship, Religiosity, Intertextuality.

#### **1. Introducción: una amistad a prueba de balas**

**D**urante la fatídica madrugada limeña del 13 de agosto de 1953, según las versiones más difundidas del suceso, el poeta libertino Luis Valle Goicochea fue víctima de un fatal accidente en las inmediaciones de la Plaza Italia. De acuerdo con su amiga incondicional, la escritora Esther Margarita Allison, “la policía lo recoge de la calle, malherido, agónico, acaso atropellado por un vehículo irresponsable. Fallece, sin recobrar el conocimiento, el mismo día, en el nosocomio del 2 de Mayo” (1974, p. 323). Por su parte, More (1953) da cuenta de

que en los precarios bolsillos del vate se “encontraron únicamente tres tarjetas: la del doctor Ricardo Arbulú Vargas, la del doctor Pedro Benvenuto Murrieta y la de la señorita Esther M. Allison”. Estas referencias de y a la autora huachana no deberían verse como gratuitas, ya que el vínculo literario y la complicidad amical entre ella y “Vallecito” (como lo llamaban sus allegados) estuvieron cargados de una recíproca afectividad. En efecto, atendiendo a la semejanza de sus personalidades, Allison y Valle Goicochea personifican cabalmente lo que dijo Miguel de Unamuno acerca de la amistad, en el sentido de que “cada nuevo amigo que ganamos en la carrera de la vida, nos perfecciona y enriquece, más aún que por lo que de él mismo nos da, por lo que de nosotros mismos nos descubre” (1906, p. 136).

Así, tres años antes de la muerte de Valle Goicochea —cuyo nombre se suma a la funesta lista de escritores nacionales atropellados en circunstancias no del todo claras—, Allison hizo pública, en el diario *El Comercio*, una “carta abierta” dirigida a su amigo donde lo felicitaba por la publicación en Arequipa de un libro de vena dramática, *Jacobina Sietesolios* (1946), fruto de su pasajera estancia en un convento franciscano en el Cuzco<sup>1</sup>. En uno de los pasajes más elocuentes de la nota ella declara que:

Con la misma fragancia de la lluvia sobre la tierra sedienta, me llega, amigo mío, su último regalo de poesía en un manojo de páginas melodiosas. . . . Con su libro en la mano, yo quiero agradecerse en el clima íntimo del coloquio cordial, que florece tan fácilmente como las rojas eglantinas en el campo. (Allison, 1949)

Este efusivo acuse de recibo del obsequio libresco es muestra de una de las amistades más entrañables que se hayan consignado en la historia de la literatura peruana. A doce días de la muerte del vate de La Soledad, “Esthercita” publicó, en el periódico trujillano *La Industria*, una emocionada convocatoria “[a] los amigos de Luis Valle Goicochea” que, escrita en un tono que combina diligencia y “hermandad”, mantiene vigencia y carácter de necesidad casi setenta años luego de su aparición. Allison (1953) atiza el fuego del compañerismo convincentemente:

<sup>1</sup> Para obtener información detallada sobre esta etapa en la vida de Valle Goicochea, se puede consultar la edición digital de este libro —más una selección de poemas de *Tema inefable* (1944-1945)— que prepararon el escritor y periodista Nivardo Vasni Córdova Salinas y Fray Abel Pacheco Sánchez OFM en 2011.

Hemos perdido al autor. Pero no perdamos su obra. Urge compilar su vasta producción dispersa, más que en periódicos o en revistas de la capital y de provincias . . . en otras manos. Un hondo y cálido derecho de afecto sincerísimo, de dilección fraterna, me asiste en la iniciativa de este llamamiento.

A pesar de esta proclama, cabe decir que la obra de estos dos ilustres compañeros de ruta de destacados escritores del siglo XX en el Perú aún está a la espera de investigaciones más amplias que hagan justicia a su indiscutible calidad literaria<sup>2</sup>.

## 2. Esthercita y la destreza literaria

En el caso de Allison, uno de los motivos de que sus textos sean prácticamente desconocidos<sup>3</sup> y tangencialmente estudiados por los críticos podría deberse a que radicó por dieciséis años en México<sup>4</sup> (1968-1984), país en el que se desempeñó como catedrática en el Tecnológico de Monterrey<sup>5</sup>. Justamente en esta ciudad, Allison publicó una semblanza sobre Valle Goicochea en el diario *El Porvenir* (figura 1), en la cual narra momentos afectuosos teñidos de calor maternal:

<sup>2</sup> Estas calas deberían seguir el derrotero crítico empezado por Monguió (1954, p. 208), quien en su célebre monografía *La poesía postmodernista peruana*, consigna los dos primeros libros de Allison: *Alba lírica* (1935) y *Alleluia* (1946). Años después, Peñalosa, de la Academia Mexicana de la Lengua, se preguntaba: “¿Dónde hay otra voz de mujer en lengua española que cante hoy con esa variedad y frescura, con esa versatilidad y rigor, y en ese puro castellano con que ella canta?” (1967, p. 9). A su turno, González Vigil señala que: “El ámbito postvanguardista estimuló el despliegue de una lírica trascendentalista, en trance de Absoluto, . . . unida casi siempre a la ‘vuelta al orden’, con esquemas métricos, incluyendo el retorno virtuoso a prestigiosas combinaciones estróficas. . . . Dicho trascendentalismo no pocas veces voló hasta las sendas de la mística. Y, precisamente, los poemas de Allison llevan a una feliz culminación ese proceso, adoptando la experiencia religiosa . . . y, en particular, el simbolismo místico como el eje principal de su caudalosa producción” (1999, p. 477).

<sup>3</sup> Cabe destacar que, en 2021, dentro del marco del “Proyecto Descubriendo las Letras Regionales”, la Editorial Vida Múltiple de Lima inició una campaña de rescate y difusión de las obras literarias de seis importantes escritores provenientes de variadas regiones del Perú, quienes no han sido apropiadamente representados en el canon literario peruano. Entre ellos figura Allison. Para más detalles, se recomienda visitar este sitio virtual: <https://vidamultiple.com/>

<sup>4</sup> Con cariz premonitorio al desarraigo que experimentaría al dejar su tierra nativa, Allison inscribió estos versos en el tercer poema de *Relación de tu muerte*: “De lo que fue mi patria me desligo, / por más que el corazón se me enarena / impelida otra vez a ruta ajena, / de nuevo sujeta al desabrigo” (1961, p. 14).

<sup>5</sup> Ante la falta de mayor difusión de su producción literaria en el contexto peruano, esta sentencia cobra significativo valor: “Esther M. Allison formó parte de la historia literaria de Monterrey porque aquí desarrolló su obra de madurez” (Hernández Martín del Campo, 2003, p. 3).

Te esperaba conmigo, siempre atenta a tus gustos, el vaso de leche fría, con una grande cucharada de miel de retamas. . . . También en eso eras niño. Qué harías tú, desamparado, con tu alma infantil de rocío y de azucena, en ese mundo torvo de enloquecidas pesadillas. (1962, p. 8)

El año siguiente, al cumplirse un decenio de la desaparición del poeta, Allison celebró la fecha triste con un poema laudatorio dedicado a su “muerto inmortal” —parafrazeando a César Vallejo— cuyo final replica la grandeza vallejana: “Descansa, Lucho, descansa. // Así, Lucho Valle. Así<sup>6</sup>” (Allison, 1963). Al regresar a Lima durante la sangrienta década de los ochenta, y a raíz de su posición política conservadora y su ferviente catolicismo, ella fue catalogada por la prensa progresista de la época —según afirma Hernández Martín del Campo (2003) en su tesis de maestría sobre la autora— como una “periodista de extrema derecha” que debía ser encasillada como “una de las doce personas más peligrosas del Perú” (p. 18). No estaría fuera de lugar pensar que esta estigmatización ha contribuido a la escasa difusión y valoración de su obra.

No obstante la carencia de estudios críticos en revistas especializadas, la producción lírica de Allison es abundante y significativa. Desde su primer libro titulado *Alba lírica* (1935) —en que recrea ecos de Rubén Darío y Gustavo Adolfo Bécquer— los matices intertextuales urdidos son ricos y sofisticados. Entiendo la categoría de la intertextualidad en el sentido que le dio Kristeva en la década del sesenta del siglo pasado, a saber, “todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto” (1978, p. 190). Basten unos ejemplos al azar tomados de la *Antología poética* (Monterrey, 1967) de Allison para corroborar esta aseveración. El poema “Verde amor” pone en el tapete una paleta de diversas gamas verdosas de forma similar a la empleada por Federico García Lorca en su “Romance sonámbulo”: “Que apenas lo conocí / fue el verde mi enamorado. // Verde andariego a mi lado, / sin separarse de mí. / Verde mar, verde collado, / verde amor por donde fui” (Allison, 1967, p. 11). La composición “Porque te amo, rosa” dialoga con las décimas de *La rosa de la espinela* (1939) de Martín Adán<sup>7</sup>: “No me incrimines, rosa. Porque

<sup>6</sup> No he podido hallar la fuente donde vio la luz este texto que Luis Valle Cisneros —sobrino del autor— me cedió gentilmente. Las estrofas finales revelan la dimensión del cariño de la amiga hacia el querido difunto: “No te ronde el miedo loco, / que no estás solo en la sombra. / Entre la flor que te nombra, / procura soñar un poco. // Soñar, olvidando todo, / junto a la tierra vecina / que por silenciosa y fina / tiene tanto de tu modo. // Cerca de la tierra mansa / que se parecía a ti. / Procura soñar aquí...” (Allison, 1963).

<sup>7</sup> En el poema “Cauce”, el hablante adaniano goza la fusión sexual con la rosa —objeto de deseo— en

te amo, / te ayudo a bien morir de muerte exacta. / Precisamente porque te amo, rosa” (Allison, 1967, p. 26). En la pieza “No” se evidencia una sensación de renuncia amorosa en sintonía con el famoso texto barroco “Detente sombra...” de Sor Juana Inés de la Cruz: “Y aunque todo me fue precedero, / gracias, Amor, tan dulcemente esquivo, / porque nunca quisiste lo que quiero” (Allison, 1967, p. 94).

La maestría en el manejo de la intertextualidad se explicita una vez más en el poema “Relación de tu muerte”, incluido en el volumen de título homónimo publicado en 1961. A saber, la enunciativa —en patente vínculo con los “Sonetos de la muerte” (1914) de Gabriela Mistral<sup>8</sup>— justifica el haber asesinado a su amado a sangre fría porque este se había vuelto su rival: “Y aunque ahora es rojo vacío / lo que antes fuera tu lugar / y me quedé sin lo más mío / te hube por eso de matar” (Allison, 1961, p. 16). En otro texto del mismo poemario, “Cantinelita enrojecida”, la hablante deslumbra con una condensación simbólica aprendida de *La canción de las figuras* (1916) del reconocido escritor José María Eguren<sup>9</sup>: “Pero él, sin una lágrima, / repitió: –Nadie. / Y aún del pecho goteaba / terca, ay, la sangre” (Allison, 1961, p. 32). Como no podía ser de otra manera, y para cerrar este repertorio de vasos comunicantes con escritores latinoamericanos, Allison invoca a su dilecto amigo Valle Goicochea, quien había publicado *Al oído de este niño* en 1943, en el poema “El demasiado niño”:

Se engañó el corazón. Era inocente.  
Por demasiado niño equivocó la fuente,  
Y halló en vez de miel, el *aguijón*...

Como no tuvo culpa, no lo riño...  
Se equivocó por demasiado niño...  
Esto es, por demasiado corazón. (1961, p. 30; mi énfasis)

---

términos que sugieren una cadena de compenetración y su posterior separación: “Adonde la rosa empieza, / Curso en la substancia misma, / Corro: ella en mí se abisma: / Yo en ella: entramos en pasmo / De dios que cayó en orgasmo / Haciéndolo para cisma” (2006, p. 275).

<sup>8</sup> En el tercer soneto de este afamado tríptico, la voz poética expone, enigmáticamente, las razones por las que su amante pereció: “Solo entonces sabrás el porqué no madura / para las hondas huesas tu carne todavía, / tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir. // Se hará luz en la zona de los sinos, oscura; / sabrás que en nuestra alianza signo de astros había / y, roto el pacto enorme, tenías que morir...” (2019, p. 164).

<sup>9</sup> El poema egureniano aludido es “La sangre”: “El mustio peregrino / vio en el monte una huella de sangre; / la sigue pensativo / en los recuerdos claros de su tarde” (Eguren, 2005, p. 56).

Las interacciones de la esfera infantil con el reino microscópico de los insectos —hormiga, libélula, abeja, araña, escarabajo— es un punto de contacto entre ambos escritores, lo cual demuestra que sus visiones del mundo ya prefiguraban el giro actual hacia el descentramiento de la preponderancia de la era antropocena. Este nexo textual que se engarza al periodo de la infancia me servirá para esbozar una lectura de *Al oído de este niño*.

### 3. Valle Goicochea y Allison: niñez y religiosidad

Después de haber cumplido veinte años, Valle Goicochea realizó el periplo migratorio a Lima con la intención de proseguir estudios universitarios. Antes se había instalado en la ciudad primaveral de Trujillo, a donde se trasladó desde su pueblo natal en 1919. En la capital, el autor continuó desarrollando y afianzando su actividad literaria hasta que tuvo la oportunidad de publicar su ópera prima titulada *Las canciones de Rinono y Papagil* (1932), un libro que mereció una cálida recepción por sus dotes de suscitar ternura y afecto. A mediados de la década de los treinta, Valle Goicochea frecuentó la tertulia limeña del Círculo del Duende, la cual era animada por Eguren. Sin duda, el creador de *Simbólicas* (1911) se erigió como un paradigma intelectual para su par liberteño. Al publicar *Al oído de este niño*, Valle Goicochea ya contaba con una significativa obra literaria que le había ganado la amistad y respeto de escritores de la talla de Ciro Alegría y Emilio Adolfo Westphalen.

El poemario —compuesto por 64 textos cuya métrica se emparenta con el verso de arte menor— constituye uno de los ejemplos más notables de la literatura enfocada en temática infantil en la tradición peruana del siglo XX. Sus imágenes, matizadas por una serena musicalidad, transportan al lector a paisajes idílicos enclavados en los andes del norte del Perú. En estos espacios surcados por lomas escarpadas prevalece un clima de feliz armonía logrado por la convivencia entre los individuos, privilegiando el punto de vista de la niñez, y su entorno natural: “Por atrás del cerro / viene el aguacero: / como un hombre alegre / baja bullanguero” (Valle Goicochea, 2005, p. 163). En la serranía, el cultivo de la tierra, en tanto actividad grupal, se beneficia por la agencia divina que, al brindar la preciada lluvia, conecta fructíferamente los periodos de siembra y cosecha. Esta dinámica se nota en estos versos: “Señor, todos cantan / un loor sincero. . . // Porque el don del agua / das al campo yermo / y a las almas puras / el don del contento” (Valle Goicochea, 2005, p. 176).

En esta línea, se puede constatar que el imaginario lírico de Valle Goicochea se nutre de una profunda creencia de tono religioso —su vocabulario incluye palabras como

“virgen”, “ángeles”, “milagro”— por la cual la vida de los seres humanos se desenvuelve de manera indesligable con otros elementos de la creación. Por este motivo, el poeta personifica a un “aguacero” haciéndolo danzar con “zapatos de cuero”. Asimismo, sobresale la numerosa presencia de animales (burro, mono, conejo, gato), aves (gorrión, paloma, loro) e insectos (araña, hormiga, abeja, grillo, escarabajo) que pueblan las páginas del volumen. Las diversas interacciones entre los planos de lo humano y lo no-humano generan un sugerente escenario en el que el individuo cede su característico papel protagónico en el universo para reconocer el valor de otras entidades que generalmente son catalogadas como insignificantes. El énfasis en la dimensión diminuta de la vida, lejos de disminuir su valor, le otorga un nivel inédito de alcance integral: “Necesito y con apremio / de cierta flor diminuta, / del ojito de una hormiga / y del ojo de una aguja” (Valle Goicochea, 2005, p. 166).

Por otro lado, el recinto de la escuela rural se configura como lugar donde la voz poética —en su faceta de maestro— enseña a los alumnos a comprender el lenguaje de la naturaleza y de los insectos que se les presenta como ininteligible en un primer momento: “La palabra de las flores / más pequeñas es pequeña: / en oírla, inútilmente / este rapazo se empeña” (Valle Goicochea, 2005, p. 172). Por lo tanto, el proceso de aprendizaje, guiado por la maestría del poeta, se incrementa al incorporar la decodificación de manifestaciones verbales que van más allá del contexto estrictamente académico. De lo que se trata, entonces, es de descifrar el “habla [d]el escarabajo” (Valle Goicochea, 2005, p. 172) para acceder a un conocimiento más completo del mundo en un ambiente propicio para relacionarse con múltiples niveles de existencia. Dicho esto, la escritura no está restringida al campo de lo humano, sino que también es practicada por entes astronómicos y animales: “Ya llegó la carta / que mandó la luna. . . // Con aquella la otra / que escribe el lucero. . . // Ya llegó otra carta / y es del elefante. . .” (Valle Goicochea, 2005, pp. 187-88). De esta dinámica se deduce que el firmamento y la tierra se convierten en una suerte de inmenso pizarrón en el que sus habitantes escriben (y registran) sus historias. El formato de la correspondencia implica un diálogo que el destinatario está llamado a activar desde su nueva perspectiva, ahora modificada por la interacción dialógica con interlocutores diferentes.

Si bien es cierto que, comúnmente, la infancia se asocia con un segmento temporal —lejano en el tiempo— teñido por ribetes de plenitud, en los poemas de este libro el hablante también expone la cara opuesta a la felicidad. Esto se observa en el empleo de un léxico a todas luces pesimista: congoja, padecimiento, melancolía, tristeza. Por consiguiente, la autenticidad de Valle Goicochea radica en exponer la complejidad de la experiencia vital,



sin reducirla a un listado de bondades. Su “niño”, que en realidad también es “niña” —se pueden ver los poemas 39 y 52 para corroborar que el poeta estaba consciente de la igualdad de género—, representa la complejidad de las emociones humanas. Junto a expresiones marcadamente positivas, somos testigos de malcriadeces, actos de desobediencia, terquedad y rabietas infantiles que son corregidos con la disciplina que impone el castigo físico (no hay que olvidar que estamos en 1943): “Si este niño no obedece / me va a dar un desencanto...” (Valle Goicochea, 2005, p. 188). Se podría afirmar, siguiendo al vate español Rafael Alberti en *Sobre los ángeles*<sup>10</sup> (1929), que la rectificación de lo que se escapa a la norma establecida debería provenir de una directiva celestial; una especie de ángeles castigadores se encargan de restablecer el orden: “En la busca vienen / de los chicos malos / y de pronto blanden / tremendos zurriagos” (Valle Goicochea, 2005, p. 181). En consonancia con esta temática, en el relato “Los zapatos de cordobán” (1938), cuya ambientación también se ubica en un paraje rural, el “aya” de la familia rememora un episodio que involucra una manifestación de violencia infantil:

La niña Clarita —dijo— tenía una muñeca linda que cerraba los ojos. Se la mandaron de Trujillo. Una vez, estaban todos ustedes jugando en el corredor y la niña le dijo no sé qué cosa a su hermano Juan. Entonces él, quiso pegarle, pero yo le detuve diciéndole, que a las mujeres no se les levanta la mano y menos a sus hermanas. Entonces el niño Juan fue corriendo y volvió con una piedra y chancó la muñeca que ella, la niña, había dejado para hacer no sé qué cosa. La niña Clarita se puso a llorar. (Valle Goicochea, 2012, p. 95)

Ya que Eguren ha sido mencionado como referente literario de Valle Goicochea, cabría proponer una conexión entre “Marcha fúnebre de una marionette” del poeta de Barranco y el poema 51 de *Al oído de este niño*. En los dos textos, la protagonista es una niña que experimenta la muerte de su muñeca y, por ende, constata que la infancia es frágil y puede hacerse añicos. Mientras que en Eguren asistimos al entierro de la marioneta<sup>11</sup>, Valle

<sup>10</sup> En el poema “Los ángeles crueles”, la imponente presencia de estos moradores celestiales desestabiliza la armonía natural, como si se tratase de un castigo infligido por su poderío. La dicción de la voz poética se corta ante el dolor que intenta verbalizar: “Jardines que eran el aire / de aquel tiempo. / Cañas de la ira nocturna, / espolazos de los torpes, / turbios vientos, / que quieren ser hojas, flor, / que quieren...” (2000, p. 102).

<sup>11</sup> El enunciador escenifica una secuencia mortuoria donde la niña Paquita manipula los muñecos y juguetes

Goicochea visualiza el momento del velorio del juguete, retratando el instante lúgubre de la infancia desencantada: “—Ha muerto la muñeca Marisa... / en la casa repiten la noticia / mientras la niña Clara, la madre, en la sala recibe / las visitas enlutadas” (Valle Goicochea, 2005, p. 195).

Estos momentos dolorosos, relacionados afectivamente con episodios formativos de la infancia —que, como he acotado, se vincula a la esfera de lo feliz— enriquecen la visión acerca de esta etapa al eliminar falsas construcciones idílicas de la misma. Por ello, el mundo de la niñez devela el rostro múltiple de todos los procesos que involucran al individuo, ya que no hay una simple perspectiva sobre ninguna vivencia experimentada por los seres humanos. La vida infantil configura un conjunto multifacético de numerosas aristas que le confieren un matiz complejo. Entonces, el contacto del infante con la labor destructora de la muerte se produce desde las etapas iniciales de la existencia, y este encuentro impacta los diversos estratos que constituyen el universo del infante. En resumidas cuentas, el volumen en cuestión propicia, indudablemente, modos originales para aproximarse a nuestra vivencia cotidiana de niños y adultos, desterrando estereotipos y lugares comunes que no tienen cabida si se asume que la humanidad se halla sumergida en un océano de fuerzas diametralmente opuestas.

Además de las concordancias en el tratamiento del motivo de la niñez, Allison y Valle Goicochea compartieron otro tema afín; debido a que ambos profesaban la doctrina católica, la certeza de su fe religiosa se filtra en sus poemas. Por esto, valdría la pena mencionar que un punto que relaciona a estos autores es una sensación de religiosidad, que roza manifestaciones de misticismo, y que se expresa en la aspiración de la voz poética por integrarse al plano de lo divino (a la manera de san Juan de la Cruz o santa Teresa de Jesús). Este deseo por ser parte de una totalidad sacra se materializa poéticamente en términos de una “sed” por beber de las fuentes absolutas de la divinidad. La imagen del sediento se convierte en la clave para entender la razón de la búsqueda espiritual emprendida por ambos amigos. Tal como ocurre en la poesía mística, el ansia de unirse a una entidad superior adquiere tonos amorosos.

Para empezar, en Allison, el ansia por satisfacer la falta del agua sublime, que deja a la voz lírica saboreando una cosecha árida, se observa en el poema “De amor a amor”: “Aun

---

que escoltan la carroza en la que se ha alojado el cuerpo muerto de la marioneta. La reacción de la niña es de júbilo y pesar a la vez (“Paquita danza y llora”) frente a lo que el sujeto poético describe como la llegada de la “dicha tempranera a la tumba” (Eguren, 2005, p. 8).

siendo amor en sed, amor sin fruto, / porque a sabiendas lo elegí por mío” (1967, p. 21). Por otro lado, la pieza llamada “Amor, ese otro nombre de la rosa”, grafica el feliz encuentro de dos amantes que reconocen sus semejanzas en su condición unificada de sedientos: “Reclino el corazón contra tu pecho, / Apretándolo al tuyo / En la sed de tus ojos en mis ojos, / Tan una sola sed. Y sonreímos” (1961, p. 11). En “Relación de tu muerte”, el anhelo por aplacar las demandas de plenitud de la hablante adquiere una dimensión trágica por el desdén del amante: “Te me tornaste en enemigo: / Yermo delante, abismo atrás... / Si no la sed, el desabrigo... / Siempre el dolor, y nada más” (1961, p. 16). Finalmente, los poemas “La sola sed” y “Cuestión de sed” de *Relación de tu muerte* ilustran adecuadamente la materia en discusión. En el primero, el alcance del vacío sentimental se vincula con elementos naturales: “Por este hablar aún de tuyo y mía... / Por no ser uno, Amor, por esta pena / De que estemos sedientos todavía. // Por esta sed, Amor, por esta quieta / Soledad de la rosa sin rocío” (1961, pp. 36-37). Se advierte, por lo visto, que estos textos rezuman sensaciones amorosas que se cumplen o se truncan de acuerdo con el consentimiento o el rechazo del amante a dejarse llevar por el torrente pasional.

En lo concerniente a Valle Goicochea, la figura de la “sed” se puede localizar en diversos pasajes de sus obras. Veamos, en primer lugar, algunas citas del poemario *Paz en la tierra* (1939), que se ambienta en los pintorescos terrenos de la campiña de Moche, ubicada en la provincia de Trujillo. En el poema “El agua se derrama”, apelando a recursos de contraste metafórico, la voz poética dibuja escenas en que la naturaleza encarna un organismo sediento que necesita de la agencia transformadora del agua para florecer. En consonancia con la vertiente mística, el agua se torna una “bendición del cielo” que penetra en la tierra haciéndola resplandecer. La “sed”, en este contexto, se puede ligar a una situación de sequía que agradece la acción de su contraparte acuática: “Por los surcos se reparte [el agua], / por la sed de la campiña. / Don de portento que cuando / se da, se da sin orillas” (Valle Goicochea, 2005, p. 131).

Temáticamente, la oposición binaria entre sequedad y abundancia de agua se manifiesta en imágenes que suprimen la desolación del paisaje reseco por la acción divina de la lluvia que genera el desborde de los ríos. La falta de lluvias significa el estancamiento de la tierra en un estado de aridez que perpetúa un clima de improductividad. Como se lee en el texto “Este espino”: “Del horror nace este espino, / de la sed en lo más hondo. / Alma de los arenales / en un trágico despojo” (Valle Goicochea, 2005, p. 132). La salvación ante esta tragedia solamente puede provenir de una fuerza celestial que se apodera del curso de los

ríos y los dirige copiosamente hacia las secas praderas, tal como se enfatiza en el poema “La creciente”: “Dios mío, al fin escuchaste / el clamor de la sequía. // Loor se torna la súplica / y el cansancio dulce brío” (Valle Goicochea, 2005, p. 135). El poema “Loor” sintetiza las conexiones entre la esterilidad de la tierra seca y la fuerza fructífera del agua: “Se henchía el pecho del campo / al reclamo de sed sorda / y no llovían los cielos / impasibles de la costa. // Señor: tu misericordia / en la creciente del río” (Valle Goicochea, 2005, p. 142). Como corolario a este movimiento pendular entre ausencia y plenitud de agua —con brotes de misticismo— vale la pena citar este fragmento extraído de la novela *El árbol que no retoña*, que Valle Goicochea publicó por entregas para *El Comercio* en 1952:

Las lluvias que solían caer para esta fecha, se retrasaban. Anualmente eran esperadas con ansia, porque se aprovechaba de ellas para hacer los primeros sembríos. Se las conocía con el nombre de “Cordonazo de San Francisco”, por presentarse el fenómeno en las proximidades de la fiesta del Patriarca de Asís, días antes, coincidiendo con la fiesta o días después. . . . Pero hasta el momento de nuestra narración continuaba la sequía ardiente, quemando los campos y las esperanzas. Los ojos exasperados se clavaban en el cielo azul, limpio, duro como una pupila inmóvil e inmisericorde. . . . Daba pena ver cómo morían de sed las plantitas y los árboles, cómo corría delgado el río. La tierra reseca tenía una expresión trágica que era como el rictus que dibuja una anatema sobre maldecidos labios. (2012, p. 173)

#### 4. Coda

Esta breve exposición de textos y motivos que recorren una nutrida parcela de las obras publicadas por Esther M. Allison y Luis Valle Goicochea cumplirá su propósito si es que desata la curiosidad de los lectores por disfrutar la inagotable riqueza de sus escritos. Ambos fueron autores polifacéticos que cultivaron diversos géneros de escritura —desde la lírica hasta la dramaturgia, pasando por la narrativa y la crónica periodística— con pericia y auténtico compromiso. Ambos profesaron una sincera fe religiosa que los llevó a emprender la conquista de metas espirituales más allá de los límites impuestos por el orden terrenal. También ambos padecieron destinos disímiles: Valle Goicochea sucumbió debajo de las llantas de un vehículo acelerado cuando luchaba por conjurar los demonios engendrados por su alcoholismo; Allison defendió causas feministas y laboró incansablemente a favor de

fortalecer el acervo cultural de su país. Pero, y esto es lo que tiene mayor importancia, los dos se han afincado por derecho propio en los sitios más prestigiosos del parnaso literario del Perú.

### Referencias

- Adán, M. (2006). *Obra poética en prosa y verso* (R. Silva-Santisteban, Ed.). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Alberti, R. (2000). *Sobre los ángeles* (C. B. Morris, Ed.). Cátedra.
- Allison, E. M. (1949, 6 de abril). Carta abierta a Luis Valle Goicochea. *El Comercio*.
- Allison, E. M. (1953, 25 de agosto). A los amigos de Luis Valle Goicochea. *La Industria*.
- Allison, E. M. (1961). *Relación de tu muerte y otros poemas*. Ediciones Sierra Madre.
- Allison, E. M. (1962, 12 de agosto). Luis Valle en Añoranza. *El Porvenir*, pp. 6, 8.
- Allison, E. M. (1963). Tus doce meses de muerte: Luis Valle Goicochea. s. n.
- Allison, E. M. (1967). *Antología poética*. Ediciones Al Voleo.
- Allison, E. M. (1974). Luis Valle Goicochea. En L. Valle Goicochea, *Obra poética* (pp. 321-323). Instituto Nacional de Cultura.
- Eguren, J. M. (2005). *Obra poética, Motivos* (R. Silva-Santisteban, Ed.). Biblioteca Ayacucho.
- González Vigil, R. (Ed.) (1999). *Poesía peruana siglo XX: del modernismo a los años '50* (Vol. I). Ediciones Copé.
- Hernández Martín del Campo, L. M. (2003). *Acercamiento a la vida de Esther M. Allison y a sus tres primeras obras publicadas: Alba lírica, Alleluia y Relación de tu muerte* [Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Nuevo León]. Colección Digital UANL. <http://cdigital.dgb.uanl.mx/te/1020148994.PDF>
- Kristeva, J. (1978). *Semiótica* (Vol. 1) (J. M. Arancibia, Trad.). Fundamentos.
- Mistral, G. (2019). *Obra reunida* (Vol. I). Ediciones Biblioteca Nacional.
- Monguió, L. (1954). *La poesía postmodernista peruana*. University of California Press.
- More, E. (1953). Murió como Poe (Luis Valle Goicochea). *Cultura Peruana*, (62).
- Peñalosa, J. A. (1967). Presentación. En E. M. Allison, *Antología poética* (pp. 8-9). Ediciones Al Voleo.
- Unamuno, M. de. (1906). El sentido de la vida. *España*, (153), 136-39.

DOSSIER

- Valle Goicochea, L. (2005). *La pared torcida* (J. Eslava, Pról.). Universidad Alas Peruanas.
- Valle Goicochea, L. (2011). *Poemas franciscanos* (V. N. Córdova Salinas y A. Pacheco Sánchez OFM, Ed. y Comp.). Rimactampu, Palabras Urgentes. [https://issuu.com/rimactampu/docs/poemas\\_franciscanos\\_\\_lvg\\_version\\_final](https://issuu.com/rimactampu/docs/poemas_franciscanos__lvg_version_final)
- Valle Goicochea, L. (2012). *Los zapatos de cordobán. Escritos en prosa (1928-1949)* (L. Valle Cisneros y C. Zegarra, Eds.). Editorial San Marcos.

ANEXO

Figura 1

Artículo de Esther M. Allison en remembranza a Luis Valle Goicochea

Luis Valle en Añoranza

Esther M. Allison

Luis Valle Goicochea, una de las voces líricas más puras de la poesía peruana, fue dilectísimo amigo de Esther M. Allison. En este artículo, nos da ella un esbozo de la personalidad del alto poeta, tan prematura como trágicamente desaparecido.

Hoy he estado a visitarte, Lucho. La fogata de la tarde comenzaba a desfallecer con los primeros inhalitos de sombra. Y, junto a ti, las rosas bertas, como copos inmóviles de mármol parecían participar de la cercana rigidez de tu sueño. Sobre la blanca piedra que te veía el dormido corazón, se ven todavía más oscuros los pensamientos morados que he puesto al lado de tu nombre. Nos miramos de silencio a silencio, como tantas otras veces . . . Te hubiera gustado este crepúsculo, fino y vibrante como tu alma atardecida. Era el momento que escogíamos para reanudar el coloquio, paso a paso por la orilla del río, andando los ojos sobre el agua, o, en casa, frente al balcón abierto, cuando se encendía, antes que las estrellas la fúlgida cruz del cerro San Cristóbal.

Te complacías en la charla despaciosa con tu "angel", como me llamabas, sonriendo. Hablábamos de todo, de las margaritas en la jarra de cristal, de los celajes, del negro chivillo silbador en su jaula, de la poesía, de los amigos. Leíamos, a veces. Tu voz fluía de tu alma, suave, lenta, musical. Voz íntima de corrientes aduciguada, como contentiendo en rumor el grito o el apremio. Voz transparente, blanda, que, de tanto en tanto, al llegar a la confidencia, parecía extrañarse —azorada ella misma del propio desgarró— de la sangre en que se le empapaban las palabras.

Junto a mí, como en función de haderías, desfilaron las cantarinas rondas de tu "Marianita Coronel", ese delicioso juguete de tu lirismo dado a los niños, las huellas sahumadas de tu "Sandalia" franciscana, el dolorido registro de "El Arbol que no retoñó", en su trasplante al viejo claustro . . . Un día, te encantaron unas corolillas purpúreas, como de cardo, en mi florero. —Les di un pinchos—, te informé. Sostenías aún entre los dedos la cajetilla vacía de la que acababas de extraer el último cigarrillo. Se te iluminaron las pupilas, que siempre miraban como desde la nostalgia, con una súbita luz, sacaste de prisa un lápiz, rompiste el papel, desplegándolo, y escribiste precipitadamente en borbotón de alma fresca, unos versos sutilísimos que —con muchos otros inéditos— guardo con devoción, tesoro entre tesoros . . . En cierta ocasión, con esa tu sonrisa tan inefablemente melancólica, te retrataste a ti mismo en una cartulina, con cuatro trazos rápidos. —Ahí me tienes—, —me dijiste. Y, en efecto, la autotocaricatura, magnífica, revelaba tu gesto añorante, tu invariable actitud de soledad. Si, eras tú. Tú, exacto. . . .

Señamos conversar de tu propia obra, que desde "Rinono y Papagil", me sedujera con tan apasionadísimo interés. Le echas cariño, pero no apego. Eras tra . . .

(Pasa a la página ocho)

Figura 1 (continuación)

Luis Valle... (de Pág. 6)

mendamente descuidado con tu papelería. La desper-  
 sabas entre manos cordiales, sin ni siquiera recordar  
 en cuáles. Por allí, en alguna maleta viajera, se escondió  
 para siempre el segundo "Zapato de Córdoba".  
 —No me he quedado más que con uno . . . ¿Por dónde  
 irá el otro? . . . Y te bastaba, desgairada, la pre-  
 gunta. Los originales de tu "Marianita" fueron a dar a  
 alguien que no te los devolvió nunca. Te derramabas,  
 sin intento alguno por recogerte. —"Oh, ¿para qué? . . .  
 replicabas a mis regaños, con un leve encogimiento de  
 hombros. Cantabas, exactamente, como las calandrias.  
 Porque te lo pedía el corazón. Pero, como ellas, te olvidabas  
 del canto, una vez dado a la brisa.

Te esperaba conmigo, siempre atenta a tus gustos,  
 el vaso de leche fría, con una grande cucharada de  
 miel de retamas. Lo bebías a pequeños sorbos, espaciados  
 de rato a rato, como para irle prolongando el sabor.  
 También en esto eras niño. Y, palpándote la fruición  
 pueril, me acongojaba adentro la verdad sombría del alcohol  
 y de la droga . . . ¿Qué harías tú, desamparado,  
 con tu alma infantil de rocío y de azucena, en ese mundo  
 torvo de enloquecidas pesadillas? . . . Sin quererlo, se me  
 humedecían los ojos . . . Y, aunque no parecieras advertirlo,  
 me decías de pronto: "—No te preocupes . . . No volverá a  
 suceder . . . Esto se acabó . . ." Siempre, de la nueva caída,  
 te alzarte con una nueva esperanza. Nunca admitiste cada fracaso  
 como definitivo. Nunca te entregaste del todo . . . De allí  
 que inconscientemente se me convirtiera la ternura en algo  
 así como un urgente deseo de protegerte, de escudarte de los  
 duendes maléficos para devolvarte, intacto, al hada buena .

Y, cuando no podíamos vernos, venías en una carta,  
 en un mensaje . . . Se te volcaba allí la vida lacerada,  
 el enfebrecido miedo de tus noches, la trágica lucha entre el  
 delirio acechante y la voluntad inútil . . . En hojas arrancadas  
 de un cuaderno cualquiera, en los trozos en blanco de una  
 portada de revista, en el reverso de un sobre, se esparcía tu  
 letra, sensitiva y delicada, como tú mismo. Como tú, dulce y  
 nerviosa. Tu pobre letra frágil, amedrentada, en el hospital,  
 hambrienta de sosiego, antena captadora de sueños terribles . . .  
 Tu letra, tan tú mismo . . .

Como acariciándote el nombre yerto, recordando cómo los  
 preferías por lo aterciopelado del intenso color, te dejé esta  
 tarde el nuevo ramito de pétalos brunos. Sé que, al verlo, has  
 de sonreír a mi evocación, desde algún rincón de nube o de  
 lucero donde se están cicatrizando tus heridas . . .

ESTHER M. ALLISON. Lima, Perú.  
 "Marianita Coronel", "La Sandalia", "El Arbol que no  
 retoñó . . ." "Los Zapatos de Córdoba", obras de Luis Valle  
 Golcochea.

Nota. Tomado de "Luis Valle en Añoranza," por Esther M. Allison, diario *El Porvenir* (Monterrey, México), 12 de agosto de 1962, pp. 6, 8.